

## NUMERO XVII.

Declaracion de la madre Ana de la Encarnacion, priora que ha sido de Granada, en informacion de allí.

1. Al XV articulo digo, que nuestra santa Madre, acabada de comulgar, se quedaba arrobada y el cuerpo tan tieso como un muerto.

2. Una vez acabando de comulgar en el convento de *Segovia*, se quedó de esta suerte, y yo por más satisfacerme le hiqué un alfiler gordo en el jarrete del brazo, de manera, que salió sangre, y esto lo supe despues porque nuestra santa Madre le dijo á Isabel de San Pablo, que le mirase qué tenía en el brazo que le dolía, la cual le dijo que una picada de alfiler.

3. Otra vez, entre una y dos del dia, estaba yo en el coro, esperando la campana y entró nuestra santa Madre, y puesta de rodillas, como medio cuarto de hora, y mirándola yo muy bien, se levantó del suelo como media vara los piés sin llegar á él, de que me atemoriqué mucho, y le temblaba el cuerpo, y llegándome adonde estaba puse las manos debajo de los piés, en los cuales estuve llorando como media hora que duró estar aquí, y luego se bajó y quedó en pié, y volviendo el rostro hácia mí, me preguntó quién era, y si habia estado allí; y le respondí que sí; y me mandó debajo de obediencia, muy encarecidamente, que no dijere cosa ninguna de lo que habia visto, lo cual no lo he hecho hasta ahora.

4. Al LIII articulo digo, que la ví á nuestra Santa en *Segovia*, enferma de calenturas muy récias, y ví que se levantaba de la cama de noche, y se vestia el hábito y se acostaba en un corcho, y á la mañana se volvía á la cama, porque el doctor la hallase en ella, y yo le oí decir, que para fundar un convento no era menester más que una campanilla y una casa alquilada; porque el niño Jesús y San José, su ayo, sus fundadores, suplian y proveian todo lo demás espiritual y tempo-

ral; y esto lo decía con tan grande fe, que se le echaba de ver que lo sentia como lo decía.

5. Era tan amiga de los trabajos, que en las fundaciones que no los padecia estaba desconsolada. Tomada la posesion del monasterio de *Segovia*, unos religiosos que estaban cerca acudieron para querer abrir la puerta con palancas, para echar las monjas fuera, y estando todas con grande aflicion, estaba la Santa con grande gozo animándolas, diciendo que allí estaba Dios en el padecer, esto sí, hijas, que es de estimar.

6. Luego escribió la Santa al Rey Felipe II, que era mucho lo que la queria, y luego los dichos religiosos, no tan solamente no contradijeron á la dicha fundacion, pero se ofrecieron á ayudar á todo lo que se ofreciera acerca del dicho monasterio.

7. Al LIV articulo digo, que sé que sus libros los escribió por órden y mandado de sus confesores y prelados.

8. Una noche escribiendo el de *Las Moradas* en el convento de *Segovia*, vi (desde la puerta de su celda, adonde estaba esperando si queria algo) que tenía el rostro con una luz muy clara, y de ella salian unos resplandores como rayos dorados, y esto le duró, y vi, por tiempo de una hora, que sería hasta las doce de la noche, que se dejó de escribir, y al punto que dejó el cuaderno se le quitó el resplandor, y parecia que estaba á oscuras, para como estaba con el resplandor, y cuando escribia iba con tanta priesa y sin detenerse á borrar ni enmendar, que bien parecia ser cosa milagrosa.

9. Yo estaba con mucho cuidado mirando lo que pasaba, y así vi que acabada de escribir la Santa se hincó de rodillas y extendió los brazos en cruz y se estuvo así en oracion con los brazos tendidos, sin menearse ni temblar, más de tres horas, que sería hasta las tres, que fué cuando se levantó y se fué á reposar, y esto no lo he dicho á nadie hasta ahora.

10. Al LX articulo digo, que guardó el dón de la castidad con grandísimo recato en obras, palabras y acciones, y que oí al padre fray Diego de Yanguas y al padre fray Antonio de Jesús, sus confesores, llamarle tesoro de virginidad, y así parecia lo tenía y resplandecia en su virtud mucho, y es tanto, que llegando una religiosa á comunicarle una tentacion de deshonestidad, le respondió que ya la encomendaba á Dios, y

que aquello lo tratase con el padre fray Diego de Yanguas, su confesor, que ella no entendía lo que le decía, con lo cual se manifiesta la ignorancia que tenía de aquello.

11. Al LXII digo, que estando la Santa muy falta de salud por el rigor de sus muchas penitencias, le vi tomar muchas disciplinas; y estando en la cama con calenturas le oí levantarse y tomar las dichas disciplinas de sangre, hasta dejarla derramada por el suelo.

12. Al LXIII digo, que le vi tener á nuestra santa Madre muy grande y notable humildad, significada por lo exterior, y solía decir, que las monjas recién entradas en la religión le llevaban muchas ventajas y que ella nunca acababa de ser buena, y le vi postrada pedir perdón á las religiosas de su convento con muy profunda humildad de algunas mortificaciones que les había hecho hacer, para probarlas.

13. Reprendía mucho á las que le decían ó nombraban, nuestra Madre fundadora y se congojaba y mortificaba de que le diesen aquel título.

14. También sentía mucho de que la tuviesen por santa, y solía decir:—«¿Cuándo, Señor, me han de acabar de conocer cuán ruin soy?—y que muchas personas espirituales no aprovechaban por dejarse llevar de algunos movimientos y puntos de honra, y decía que era peste para el alma y encargaba mucho á sus religiosas tuviesen cuidado de guardarse de ellos y que mientras no los quitasen, no cogieran fruto verdadero de oración ni perfección; y vi que procuraba con grandísimo cuidado encubrir las mercedes y favores que nuestro Señor le hacía, y tratando de ellos le oí decir, que procedía de flaqueza y desmayos de corazón, y que no había que hacer caso de ellas, sino de virtudes sólidas y macizas, y se holgaba mucho de ser mortificada y reprendida de sus preladados, y que se ofreciesen ocasiones para padecer y recibir injurias, y le oí decir con mucho contento, restregándose las manos, «que no podía oír músicas ni armonías que más gusto le diesen, que padecer injurias y afrentas y mortificaciones; que esta vida sólo era padecer por Dios, y la de allá para gozar de Su Majestad.

15. Muchas veces la vi arrebatada y con resplandores en el rostro; mas todas con mucha compostura y humildad, tanta que parecía quería entrarse debajo de los pies de todas, y

en sus acciones lo mostraba tanto, que si no era viéndolo no se puede decir con palabras.

16. Para cualquier cosa que se le ofrecía pedía licencia de rodillas como si fuera otra monja particular.

17. Limpiaba el lugar más humilde del convento, barria y todo lo demás con mucho contento, y le oí decir, que quisiera no estar obligada á ir al coro, para poderse siempre ejercitar en los oficios viles y humildes ministerios.

18. Solía decir algunas veces ó *morir* ó *padecer*, y á las religiosas enfermas cuando las visitaba decía lo mismo.

19. Al LXXVII digo, que andaba con muchos deseos de pasar de esta vida para gozar de Dios, y diciendo una vez las religiosas, que Dios la guardase muchos años, respondió con severidad pesándole que dijeren aquellas palabras:—Hijas mías, no han de pedir eso, sino que Dios me lleve para que lo vea y le goce.

#### NUMERO XVIII.

Declaración de la madre María de San Pablo, en las informaciones de Granada.

1. Al artículo CXIV digo, que estando en la fundación de Sanlúcar la Mayor había un clérigo llamado Diego Ponce, grandísimo contrario nuestro, y por todos caminos hacía diligencia para deshacer la dicha fundación, para lo cual fué á Sevilla á hablar al ilustrísimo señor don Pedro de Castro, arzobispo que entonces era de allí, y al salir un día de hablar con el dicho arzobispo, encontró con Pedro Cerezo Pardo, que era un hombre bienhechor de la Orden y gran siervo de Dios, y sabiendo en los pasos que andaba le dijo:—Señor Diego Ponce, no se burle vuestra merced con la santa Madre, ni persiga á sus hijas, porque le castigará nuestro Señor; á lo cual respondió el dicho Diego Ponce, haciendo un acto de menosprecio (como él después dijo y certificó):—Querria más dos maravedís que á la Madre, á sus hijas y á vuestra merced.

2. Luégo supe que le dió una enfermedad muy grave, y le

trajeron á Sanlúcar, y estuvo desahuciado de los médicos, y siendo yo portera en nuestro convento, llegaron á pedir una reliquia de nuestra santa Madre de parte del dicho Diego Ponce, y como yo le tenía por enemigo declarado, fui á la superiora y delante de muchas religiosas di el recado, y todas le pusieron mal corazon para que no la diese, porque creian que no la pedia por devocion; al fin respondí que no la habia para dársela, luégo volvió otro recado más apretado, y que si no habia reliquia le diesen siquiera un retrato, y por la razon de arriba se lo negaron uno que habia muy lindo en casa, pero me dijo la madre superiora que le enviara yo uno que habia en la portería, el cual envié con Isabel de los Santos, nuestra mandadera; la cual me dijo, que luégo que llegó con el retrato se echó el dicho Diego Ponce de la cama y se habia hincado de rodillas, pidiéndole perdon de la contradiccion que habia hecho y menosprecio que habia tenido de ella, cuando dijo á Pedro Cerezo lo que arriba dije, y que hacia voto de favorecer y ayudar de allí adelante á las hijas de la dicha Santa, tanto quanto habia sido su contrario, y las habia contradicho y desfavorecido; y que hecho esto volvió con un sudor á la cama y que luégo quedó bueno totalmente habiendo estado desahuciado.

3. Todo lo cual dijo el dicho Diego Ponce en nuestro convento, y lo dió por escrito, diciendo, que no se burlaria más con la madre Teresa ni con sus hijas, porque son brocado aforrado en sayal.

4. Trocóle nuestro Señor tanto, que luégo se ofreció un entierro en nuestro convento de una religiosa y entró con nuestros religiosos, y él se puso dentro de la sepultura y puso el cuerpo, que nos causó mucha admiracion, por ser señal de la mucha aficion y estima que tenía del convento, pues siendo un hombre principal se humilló tanto, con lo cual cesó toda la contradiccion, que tenía el lugar con nosotras, que llegó á tanto que dos veces quisieron con palancas abrir la puerta para echarnos fuera.

## NUMERO XIX.

Declaracion del licenciado Bartolomé Marquez, del Consejo de su majestad, y oidor en la Cancillería Real de Granada, en los informes de aquella ciudad.

1. Al LVI artículo digo, que sé que los libros de la santa Madre han hecho mucho provecho, y particularmente sé que estando yo en Salamanca, en el colegio mayor del señor arzobispo, en las horas que llaman de comunidad, que son despues de comer, en las cuales no se trata sinó de cosas que diviertan á los colegiales del cuidado de los estudios, y era tanta la devocion que todos teníamos con los dichos libros, que por espacio de algunos tiempos, contra todas las ceremonias y costumbres, los que mejor leian, los leian estando todos juntos en público, y el de *Las Fundaciones* del padre Ribera, y el de *Las Moradas* de la Santa, que con tan gran estilo y lenguaje escribió, y fué la dicha lectura de mucho provecho para todos, y particularmente resultó, por habérmelo dicho á mí don Diego de Bubberca, colegial de dicho colegio y catedrático de aquella Universidad, el cual se entró por entónces fraile descalzo franciscano, que le fué á su parecer una gran fuerza para su reformacion y escarbar su conciencia y meterse religioso, la leyenda de los dichos libros de la santa Madre, el cual á más de las partes que quedan referidas, era mayoralzgo y sobrino del señor García de Loaysa, arzobispo que fué de Toledo.

2. Luégo se metió el doctor Hernando Malo, religioso en el convento de Descalzos Carmelitas, el cual era colegial del dicho colegio y catedrático de artes de la dicha Universidad, que es ahora visitador y provincial de su Orden en la Nueva España.

3. Tambien se entró en la dicha Orden el licenciado Pedro Aleman de Ayala, colegial de dicho colegio, y esto por la leyenda de los dichos libros, á lo que yo entiendo.

## NUMERO XX.

Declaracion del doctor Polanco, médico, en los informes de Medina del Campo.

1. Al artículo II digo, que yo traté á la santa Madre, y conocí tener conocimiento de espíritus con los que trataban con ella, como le sucedió á una monja, que le dijo que llevaba camino de perfeccion, pero que le faltaba mucho para llegar á ella.

2. Y á otra que le habló palabras humildes, la cual humildad no tenía interiormente, se lo conoció, y con rostro apacible le dijo:—No siente eso interiormente.

3. A otro rústico que decia que Dios le hablaba, dijo la santa Madre que no era espíritu de Dios; y así de allí á pocos dias todo paró en vanidad y locura.

4. Al IV digo, que le conocí una grandísima humildad, y solia decir que se maravillaba de quien le daba crédito en lo que hacia, y que á su parecer era disparate pensar que ella tenía rendimiento para acertar en cosa, y por eso era amiga de parecer ajeno, y porque de sí no fiaba nada, sufría con mucha humildad reprensiones de las personas, y se postraba en tierra, hasta que el prelado le mandaba levantar, y no hablaba hasta que se lo mandaba.

5. En la fundacion de un monasterio padeció muchos falsos testimonios y dijo:—Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quien yo soy, que en otras todos están engañados, y me tratan como ellos piensan que soy, y aquí como merezco.

6. Aunque la honraban en presencia y en ausencia, con palabras y obras, nunca dijo que tenía vanagloria; mas ántes decia, que como sentia tantos pecados, no sentia vanagloria, y que veía muy claro que lo que tenía lo ponía Dios en ella.

7. Perseveró en esta humildad tan profunda hasta la muerte, que entónces pidió perdon á sus monjas de sus faltas, y les encomendó la guarda de la Regla de su Orden, y que no mirasen á aquella mala monja, que así se llamaba ella, y preguntándola una vez, que adónde se mandaba enterrar, res-

pondió, que para ella en un muladar sobraba; y decia que ya ella no era menester en este mundo, y como estaba en perfecta caridad, no temia la muerte, y así supe que decia y dijo, que si se quedase muerta de repente no le pesaria; que fué indicio grande y prueba de su buena conciencia.

8. En este tiempo comenzó á decir á sus monjas muchas cosas, y hablando con Dios, decia:—¡Oh Señor mio y esposo mio; ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos, sea muy enhorabuena, cúmplase vuestra voluntad!

9. Echa de sí muy suave olor en vida y despues de muerta, tanto, que estando una noche en casa de una señora de Palencia, le sacó un niño que tenía, para que le echase la bendicion, y despues decia el niño:—Ay madre, cómo güelen las manos de aquella santa.

## NUMERO XXI.

Declaracion de la madre Jerónima de la Encarnacion, priora del convento de Medina, en los informes de aquella ciudad.

1. Al LVI digo, que sé que los libros que escribió nuestra santa Madre, y su doctrina, la alcanzó por medio de la oracion, los cuales yo trasladé de su original y sé que su leccion ha hecho singularísimos frutos en muchas personas, particularmente en un hidalgo noble, llamado Juan Velazquez, vecino de Alejos (*Alaejos*), de la diócesis de Valladolid, el cual leyendo estos libros recibió tan gran luz de nuestro Señor, para servirle, y se aventajó tanto en esto, que los tres últimos años de su vida que los leyó, fué raro el ejemplo que dió de ella, teniendo cada dia muchas horas de oracion y regurosísimas penitencias, ayunando muchos dias á pan y agua, comulgando todos los dias, y haciendo muchas obras de varon muy perfecto; y en la última enfermedad, de que murió, tuvo los libros de nuestra santa Madre en su cabecera, y los leía estando para morir; hasta que le faltó la vista de los ojos, y pidió á un hijo suyo, llamado Antonio Velazquez, que se los leyere hasta dar su alma á Dios, lo cual hizo como si fuera la pasion de San Juan, hasta que murió muy santamente.